

UN DÍA EN...

EL MÓDULO 9

Un día en el Módulo de Mujeres del Centro Penitenciario

Por **Marta Aparicio y Franca Velasco**



El mes de febrero es igual de frío dentro que fuera, y en teoría, ellas viven un día a día semejante al de otras mujeres. Su existencia cotidiana pasa por actividades que podrían asimilarse a las de cualquier otra: asisten a clases, van a la compra, trabajan, se ocupan de tareas domésticas, e incluso pueden ir al gimnasio. De hecho, las dependencias en las que viven, aunque sencillas, también podrían recordar a cualesquiera otras, en otro lugar geográfico cercano, si no fuera por las rejas que las atenazan.

La omnipresencia de las rejas, que rompen el escenario en el que se desarrollan las vidas de las reclusas del módulo de mujeres del Centro Penitenciario de Villanubla

nos recuerdan dónde estamos, nos devuelven a la realidad de estas jóvenes, desposeídas de lo más importante, que no es más, —ni menos—, que la libertad.

Ese pequeño patio por el que pasean, ese economato en el que compran o el aula en el que recuerdan lo que aprendieron años atrás, —si es que lo aprendieron—, no tienen las ventanas abiertas.

El Director del Centro Penitenciario, Carlos Blanco, alude, nada más recibir al grupo de abogados que se ha trasladado al recinto para realizar el reportaje, a la falta de medios en el módulo de mujeres, que es lo primero que resulta obvio al iniciar el recorrido por el edificio.

Esta insólita limitación de espacio y de recursos provoca que desde hace unos años, se esté trasladando a reclusas a la cárcel de Dueñas, en Palencia.



En un principio, la mal denominada prisión de Villanubla —que en realidad se encuentra en el término municipal de Valladolid capital— contaba con dos módulos de mujeres, que se han reducido en la actualidad a uno, el módulo 9, “que se queda muy pequeño para las 47 mujeres que actualmente residen en él”, reflexiona el Director. “Para haceros una idea del espacio”, continúa, “en realidad tendría que haber unas 39 mujeres por módulo”.

El módulo de mujeres, por tanto, no sufre sino el mismo mal que el resto de la prisión: el inexorable transcurso del tiempo sin apenas reformas ni ampliaciones, la pereza de los poderes públicos ante el esfuerzo inversor de cara a un sector social que ocupa el último lugar en el orden de prioridades.

Afortunadamente, se nos cuenta que existe un compromiso para remediar tantas carencias, puesto que está en proyecto la ejecución de una obra de ampliación en el centro, que el Director asegura que se acometerá el próximo año.

Nos sorprende, a continuación, un dato que revela, una vez más, las innegables diferencias entre seres humanos de uno y otro sexo. Más allá de los iguales derechos y obligaciones de hombres y mujeres, de los avances sociales, también aquí queda patente que existe una disparidad genética, o bien adquirida, entre ellos y ellas. Y es que, casi la totalidad de las internas de Villanubla se encuentran en prisión por delitos contra la Salud Pública, de hecho, en palabras de Carlos Blanco, es inusual la existencia en el centro de una interna condenada por un delito de robo, el tipo penal, en cambio, más usual entre los presos. “En general”, concluye, “la mujer es menos conflictiva que el hombre”.

Un mito a desterrar: de las cuarenta y siete mujeres que alberga el módulo, únicamente seis son extranjeras, concretamente latinoamericanas, mientras que el resto tienen nacionalidad española.

El día a día de una interna

Tal y como sucede en el pabellón masculino, el día a día de una interna se basa en la repetición y la rutina. Talleres, clases, comidas, horas de sueño, todo tiene su horario



y se repite incesantemente, sin apenas lugar a la improvisación, rodeado de estrictas medidas de seguridad y de un férreo control del que nada puede escapar:

La formación y la ocupación tienen un lugar privilegiado en el planning diario, como en cualquier centro penitenciario; sin embargo, en el caso del módulo 9, una vez más, la escasez de espacio obliga a reducir el número de cursos que se implantan dirigidos a mujeres. Aún así, existen varios talleres en los que las internas ocupan su tiempo, como la gestión del economato, la lavandería, la limpieza de la cocina o la peluquería.

Algunos de estos talleres son remunerados. La cuantía a percibir viene tasada por Madrid, y depende, lógicamente, de las horas de trabajo dedicadas, así como de la tarea desempeñada.

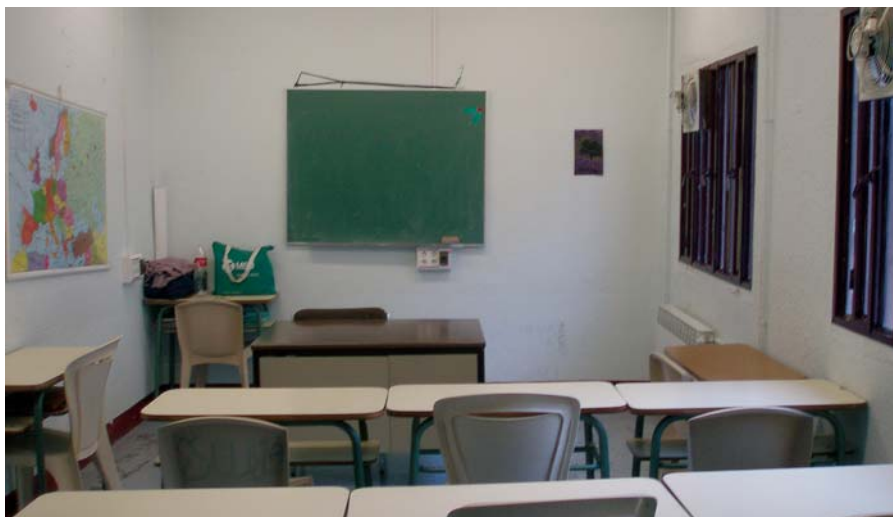
En sus repetitivos amaneceres, las inquilinas del módulo 9 no tienen más remedio que acostumbrarse a un hogar que se esfuerzan en hacer propio, a pesar de la falta de

medios, de la exigüidad de algunas estancias y del desarraigo que provocan, por más que la esperanza de la temporalidad aconseje poco empeño.

Un vistazo al economato, donde se apilan los batidos y las latas de bonito, sugiere lo importante que será para esas mujeres conseguir el jornal suficiente para regalarse unos frutos secos, el sabor delicioso que debe tener el café en vaso de plástico de esa máquina expreso allá al fondo, o cuán diferentes se paladearán los polvorones en Navidad entre estas cuatro paredes.

En la estancia dedicada a la lavandería, también escasa, se adivina la mano colgando las prendas en un tendedero plegable, haciendo de la resignación una virtud cotidiana, mientras la única posibilidad de distracción consiste, al otro lado de la verja de la ventana, en observar las caminatas en círculo del resto de compañeras de condena por el pequeño patio, de apenas cincuenta metros cuadrados.





Aunque están irremediamente cercanos de otros, mujeres y hombres no se ven, ni coinciden en ningún espacio del Centro Penitenciario. Si bien la prisión cuenta con zonas de uso común, como el gimnasio, la asistencia se determina en horarios distintos, de tal modo que nunca lleguen a coincidir.

Sin duda, el momento del deporte, y el de reunirse para comer, serán ocasiones, como tantas otras, para la conversación, uno de los pocos placeres humanos que ni siquiera la reclusión carcelaria puede impedir.

Es fácil imaginar a esas cuarenta mujeres ocupando esas viejas sillas en torno a mesas de formica, en grupos de ocho, departiendo tan pronto sobre lo que han hecho durante la mañana como finalmente reflexiones sobre lo que dejaron fuera, las pocas noticias que reciben del exterior o, incluso, sus más íntimos sentimientos.

Aunque el día a día en el aislamiento social adormezca parte de los sentidos, al menos hay algo que nunca podrá aletargar: la necesidad humana de comunicarse y de compartir, la imaginación... en definitiva, la ilusión por el cambio.

Permiso para aprender

Llama poderosamente la atención la importancia de la enseñanza en la cárcel. En el módulo 9, las mujeres cuentan con un pequeño habitáculo con apenas once pupitres, en el que, como en cualquier pequeña escuela de pueblo, se ofrece la educación. La asistencia a "Consolidación del conocimiento", como se conoce al espacio,

no es obligatoria, pero en cambio, es bastante demandada por parte de las internas, sin duda porque ayuda a pasar el tiempo, enriquece la mente, y además, es tenida en cuenta en el cómputo de la pena.

Suelen estar ausentes de las clases las internas de etnia gitana. Incomprensiblemente, aún a día de hoy, y como si de un régimen talibán se tratase, a la mayoría de esas mujeres se les prohíbe sentarse frente al pequeño encerado verde y el mapa de Europa. Sus propias leyes les obligan a pedir autorización a sus esposos para asistir a la escuela, autorización que ellos deniegan, restringiendo más aún, así, su libertad.

Más allá, el exterior

Al contacto con el exterior únicamente ayuda el derecho que todas las internas tienen a un vis familiar e íntimo una vez al

mes, que en su mayoría suele coincidir en fin de semana. También en esto, el área femenina de la prisión de Villanubla adolece de peores condiciones que el resto del centro. Así, la sala donde tiene lugar este vis es siempre la misma, y sólo una para todas, frente a las tres salas independientes que existen en el módulo de los hombres.

El aire del exterior se cuele, esos breves momentos, por entre los resquicios de las rejas, y trae novedades, frescura y cariño hasta estas mujeres, que, inevitablemente, una vez terminado el encuentro, sin duda, se sienten más solas aún.

Es difícil borrar la imagen del minúsculo patio del módulo 9, que varias reclusas, en parejas, recorren incesantemente de extremo a extremo, quizás imaginando que pasean por una calle cualquiera de la ciudad en compañía de una buena amiga.

La ropa tendida, en precarias cuerdas, los escalones húmedos, del escurrir de las prendas, una pequeña canasta de baloncesto y el trozo de cielo cuya vista permite la construcción, salpicada de ventanas enrejadas, son los únicos compañeros en esos paseos interminables que no llevan a ninguna parte.

Sólo un mural de vivos colores, que preside una de las paredes, pretende trasladar a estas almas a un soñado campo abierto, en el que el viento vuela las flores, más allá de las cancelas. Era imposible contenerlo. El espíritu femenino ha conseguido burlar el tono gris del módulo 9, en el que el pincel ha roto el muro de cemento y ha hecho de las suyas.

